

Carmen Thyssen y Guillermo Solana, director artístico del museo Thyssen, ayer en el montaje de la exposición *Impresionismo y aire libre*. / BERNARDO PÉREZ

Carmen Thyssen cede gratis su colección al Estado otro año más

“Yo no quiero irme de mi país”, dice la baronesa para justificar su decisión

M. MORALES
Madrid

“Aunque el acuerdo aún no está firmado, mi intención es seguir un año más aquí. Es una decisión meditada, poco a poco. Yo todos los días tomo decisiones importantes, y esta es una de ellas”. Con estas palabras la baronesa Carmen Thyssen-Bornemisza confirmaba ayer en el museo madrileño la cesión gratuita de su colección privada al Estado por tercer año consecutivo. Se trata de 240 obras de arte, de las 460 que posee, y que se exhiben en el Museo Thyssen junto a la colección del barón.

En la decisión han influido varios factores, entre ellos sus hijos: “Quiero dejar todo encauzado para la herencia de mi hijo Borja y mis hijas”, afirmó la baronesa. La actual situación económica que vive España es otra razón: “No hay más que ver la crisis que estamos sufriendo”. Así quiso confirmar su idea de que su deber es seguir en el país. Ello a pesar de haber recibido “muchas ofertas extranjeras”, pero insistió: “Siempre he luchado por que se quede aquí. De la misma manera que luché para que se quedara la colección de mi marido. No voy a tomar una decisión a la ligera y marcharme”. Según la baronesa, reza para que las crisis se acaben. “Otro año gratuito. ¡Qué se le va a hacer!”. Así se lo ha comunicado al Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

La baronesa hizo estas declaraciones mientras en la tarde de ayer supervisaba la exposición que se inaugura el 5 de febrero en el museo, *Impresionismo y aire libre. De Corot a Van Gogh*, junto al comisario Juan Ángel López-Manzanares y al director artístico de la pinacoteca, Guillermo Solana. “¿Dónde vais a poner el *van gogh*?”, les preguntaba, interesándose por la colocación de los cuadros y su iluminación.

Con la decisión adoptada por la baronesa se inicia el tercer año consecutivo de una cesión gratuita que se une al periodo de 11 años desde que se firmó la primera concesión para que la colección privada de Carmen Thyssen se exhibiera en el museo madrileño. La baronesa rechazó a finales de 2010 una oferta del anterior Ministerio de Cultura, dirigido por Ángeles González-Sinde, para alquilar su colección durante dos años por una cantidad fijada en base al cálculo que se estableció para el alquiler de la colección del barón Thyssen antes de que fuera comprada por el Estado en 1993.

En julio del pasado año, y ante su necesidad de “conseguir liquidez”, Carmen Thyssen vendió en una subasta celebrada en Londres, por 27,89 millones de euros, el cuadro *La esclusa (The lock)* de John Constable, una de las joyas de su colección privada. Según los términos del acuerdo de préstamo, la baronesa tiene derecho a vender un 10% del

valor total de la colección, fijado en 800 millones de euros, y la venta del *constable* supuso menos del 5%.

El Museo Thyssen, además, firmó ayer un acuerdo con la Fundación BBVA para poner al alcance del público obras de la colección a través de las nuevas tecnologías. Su intención es mostrar las pinturas a través de aplicaciones en *smartphones*, tabletas y libros electrónicos.

Las 240 obras de la colección

“Quiero dejar todo encauzado para la herencia de mis hijos”, asegura

El museo mostrará sus pinturas a través de tabletas y libros electrónicos

Carmen Thyssen-Bornemisza que se exhiben en el museo, unidas a la colección del barón Thyssen que el Estado Español compró en 1993, permiten hacer un recorrido por la historia de la pintura europea desde sus inicios en el siglo XIII, hasta las postrimerías del siglo XX. La Colección Carmen Thyssen-Bornemisza surgió como una continuación de la Colección Thyssen-Bornemisza iniciada por el

padre del barón a comienzos del siglo XX. Sin embargo, el origen de la colección de la baronesa se sitúa a mediados de los años ochenta, cuando el barón Hans Heinrich formalizó un acuerdo con sus hijos para evitar la dispersión del patrimonio paterno que él había ido aumentando.

El núcleo principal del conjunto de la baronesa en Madrid es la pintura holandesa del siglo XVII, el vedutismo del siglo XVIII, el paisajismo naturalista del XIX, tanto francés como norteamericano, el impresionismo, el postimpresionismo y las primeras vanguardias del siglo XX, con especial énfasis en el expresionismo alemán.

Ya en 2004, cuando se inauguraron los nuevos espacios de la pinacoteca en Madrid, en los que se exponen las obras cedidas por la baronesa, se iniciaron los contactos entre el Ministerio de Cultura y los representantes de Carmen Thyssen para una posible compra o alquiler de la colección por parte del Estado. En mayo de 2005 la Comisión Mixta para las relaciones con el Tribunal de Cuentas pidió por unanimidad al Gobierno el inicio de negociaciones para adquirir la colección de Carmen Cervera, en lugar de alquilarla, para asegurarse que el conjunto pictórico se quedara definitivamente en España. Sin embargo, la baronesa no aceptó la oferta y dispuso que la colección siguiera en su poder y sus herederos decidieran sobre el futuro de la misma.

Trisha Brown dice adiós a los escenarios

ROGER SALAS, Madrid

La gran dama de la danza posmoderna se retira; lo anunció de manera discreta el pasado diciembre y las actuaciones en enero en la Brooklyn Academy of Music serían las últimas. Con 76 años, hará dos danzas nuevas y exhibirá algunos números de su catálogo. El anuncio de Trisha Brown (Aberdeen, Washington, 1936) no es una buena noticia, y al hilo surgen muchas preguntas. ¿Un discurso que se agota? ¿Un tiempo (artístico) que termina? ¿Efectos del drama global?

El título del artículo de Alistair Macaulay en *The New York Times*, en su poética síntesis, abre la espita de la reflexión y de la especulación: “Danza pura, puro final”. Macaulay se pregunta cómo deben reaccionar las personas ligadas al mundo de la danza ante un anuncio similar al que ha hecho Philip Roth en la literatura. Hace menos de un año, el panorama de la gran danza moderna recibió la otra fatal noticia del cierre de la compañía de Merce Cunningham, pero es que Trisha está muy viva. El peso de la edad no es una total justificación. Es verdad que surgen nuevos creadores, algunos encumbrados, y que han crecido a la sombra de personalidades como Brown y Cunningham. Pero algo pasa. Probablemente la intuición artística habla de un cambio severo, de una transformación radical del género.

Rupturismo

Entre los años sesenta y setenta del siglo XX Brown sentó las bases de un vocabulario rupturista a ultranza, inconforme y remodelador. El posmodernismo la abrazó como su líder en materia de danza y por algo es ella la que ha quedado en cabeza. Sus obras siguen viéndose con gran interés y en los ballets de la Ópera de París o de la Ópera de Lyon (entre otras grandes sedes) se ponen en cartel títulos suyos. El valor real de su obra trasciende los géneros.

Coreógrafos actuales como David Gordon, Mark Morris y Stephen Petronio citan con orgullo su influencia entre maternal y estilística. Se trata de unas variaciones que van más allá del lenguaje y pasan a la poética esencial, pues Trisha Brown ha sido además, una encendida defensora del análisis coreúutico y de la fluidez de presentación. En estos juegos de laboratorio vital entra la tecnología, desde el sonido (las músicas posibles) a los registros cinematográfico o videográfico. Y ha estado cerca de los grandes de diversas tendencias: pintores como Robert Rauschenberg; la *performer* de la música Laurie Anderson o estrellas del ballet como Mikhail Baryshnikov.